

18

## VIII CERTAMEN LITERARIO DE RELATOS CORTOS "VILLA DEL ESGRAFIADO"

### LA VOZ A TI DEBIDA

LEMA: BCN

Al poco de morir su esposa, los servicios sociales le gestionaron la asistencia de un estudiante que lo visitara una hora al día para darle conversación, pero él se negó rotundamente a recibirla, aunque reconocía que, más que solo, estaba necesitado de otra voz que lo acompañara en su soledad: cincuenta y nueve años de convivencia continuada con la misma persona, monótona por la inercia del tiempo pero nunca aburrida ni mucho menos hostil, no podía ser sustituida por la buena voluntad a tiempo tasado de un joven con el que nada tenía en común, ni siquiera el lenguaje, tan manido y retórico el propio, tan rápido y efervescente el de la otra persona. Accedió, no obstante, a una entrevista y sus sospechas se confirmaron: la pareja de chicos (chico y chica) que le visitaron eran melaza pura, justo lo que él no soportaba. "Estoy viejo y las piernas no me sirven ya para desplazarme, pero mi cabeza rige estupendamente" estuvo a punto de decirles, pero su educación de tiempos pretéritos le obligó a sonreír y a darles una vez más las gracias por el servicio que prestaban a las personas en su situación, tan necesitadas de una voz amiga. Cuando se marcharon llamó a la psicóloga del Centro y le pidió que lo borrara del programa, pues ya había contratado a una persona para que se quedase a vivir en casa y, ante el escepticismo educado de la psicóloga, llamó a su presencia a la persona contratada, que le comentó aspectos de la contratación y de los servicios que debía prestar, incluida su alta en la seguridad social; se intercambiaron los números de móvil por si surgía alguna emergencia, aunque lo habitual –dijo la persona contratada– sería que la encontrara en casa, había mucha faena por hacer y era una vivienda muy grande. La funcionaria de servicios sociales le recordó que lo bajase con ella cuando fuera al súper y por las tardes a alguna cafetería para obligarlo a andar y que las piernas no se le

anquilosaran. Después se despidieron amistosamente, ofreciéndose de nuevo la asistente social para cuanto necesitara.

Cuando colgó el teléfono, el viejito no pudo por menos que felicitarse de seguir conservando las facultades que le habían hecho moderadamente famoso entre sus amistades. Pero, lo primero de todo, había que poner en orden su estrategia antes de que el olvido de la edad la desbaratara. Cogió el teléfono móvil, que nunca usaba, guardó en Contactos el número personal de la psicóloga y el de la oficina de Servicios Sociales e hizo lo mismo en el fijo. Al poco de haber realizado esta operación volvió a llamarles la psicóloga, ofreciéndoles un servicio a domicilio de *catering*, pero la cuidadora pareció ofendida y le contestó que ella cocinaba estupendamente, ante lo que la psicóloga le comunicó en tono festivo que tal vez se pasaría un día a comer con ellos si la invitaban, para descansar de la bazofia que era el menú de la cafetería. El viejito le arrebató el móvil a la chica y habló con la psicóloga: "No te preocupes, Irene, ya sé que lo haces para comprobar si estoy atendido, pero me gusta la soledad y tanta insistencia me abrumba. Dime qué día prefieres y nos pasaremos a recogerte para que te quedes tranquila, pero la comida, en Sésamo, no me hagas probar las *delicatessen* del comedor de tu trabajo". Irene se rió, le pidió excusas por su insistencia y le dijo que no era necesario, pero la chica volvió a tomar el teléfono y le comentó que vendría bien que se conocieran. "Cuídamelo, es un cascarrabias entrañable, ahora que me lo has quitado lo voy a echar mucho de menos", le dijo la psicóloga. Después se despidieron, quedando en llamarse para la comida un par de días antes a fin de que Irene ordenara su agenda.

Pues sí, la comida fue un éxito. Al principio la chica estuvo retraída y un tanto a la defensiva, pero en cuanto se animó le comentó que el señor le daba habitación y le permitía hacer unas horas de limpieza en las casas vecinas para poder enviar más platita a su país, pero que eran pisos cercanos y ante cualquier eventualidad en tres minutos se plantaba en la vivienda. A Irene no le gustó mucho este plan, pero el anciano le recordó que lo más que le habían ofrecido los servicios sociales era un masajista dos veces a la semana y una hora de conversación cada tanto, de modo que salía ganando con el arreglo: Irene se lo reconoció y se comprometió a gestionarle con el informático del centro

que programase el aparatito que llevaba para posibles caídas no solo con los números oficiales de asistencia, sino también con el móvil de la chica.

“Y no te preocupes, tengo una sobrina en otra ciudad que me lleva el estadijo de cuentas del banco, la chica no tendrá acceso a sacar dinero, si es lo que te preocupa”, la tranquilizó el anciano. Ambas protestaron, pero sí, este era el temor no confesado de Irene. “¿Y si no puedes desplazarte?”. “Ya lo he hecho en más de una ocasión. En La Caixa me conocen desde hace treinta años: basta que los llame, les diga la cantidad que necesito y a la hora del café uno de los muchachos sube con el dinero y la autorización para que se la firme, y santas pascuas. Ah, y si la cantidad es alta, como el día en que cambié la encimera, ellos ya saben que no deben traer dinero y sí un talón nominativo para que conste el receptor, aunque al carpintero le joda no poder cobrar una cantidad en negro”.

Irene y Mary se besaron afectuosamente cuando la asistente social les dejó para volver al trabajo. En cuanto se hubo marchado, Mary palmoteó entusiasmada por lo bien que había salido todo. “¡Qué idea más perfecta la de contarle que yo limpio pisos en el barrio! Así, si un día se presenta en casa puede decirle que estoy trabajando, y si me ve saliendo de una casa ya entenderá...”. “Cállate y no te embales. Ahora me vas a aceptar este dinerito por las horas perdidas en otras viviendas, más un plus que te regalo de corazón y me ofenderé si no me lo aceptas, pues el buen trabajo hay que pagarlo, pero a partir de ahora volvemos a lo de siempre; cada quince días limpieza del piso, no necesito más”. Mary asintió y le volvió a repetir que jamás se había divertido tanto, pero su patrón le dijo que podía marcharse si tenía trabajo, que ya volvería solo a casa. “Lo tengo, lo tengo, pero ahora llamo para anularlo y lo acompaño a casa. ¡Tremenda joda le hizo!”. “Pues a partir de ahora habla tú sola, para que yo vaya cogiendo tu acento por si llama esa arpía”. “No la trate así, es muy buena chica y se preocupa de usted. Lo raro es que no se diese cuenta de que mi voz era distinta a la que había oído por teléfono”. “Es que pensé de inmediato en ti y hablé chévere, con eso bastó en aquel momento; pero ahora que te conoce tengo que afinar tu acento”. “¡Bárbaro, me lo clavó a la primera. Y eso que por mi tierra decimos que 'loro viejo no aprende a hablar!'”.

Lo que no era su caso. Desde muy joven, una de las habilidades del anciano había sido la imitación de voces. Le salía espontáneo, de manera que si contaba lo que algún otro amigo había dicho le surgía de inmediato su voz, sin pretender imitarlo. Con el tiempo entendió que aquella habilidad suya podría resultar molesta para el otro, a la vez que resultaba cansina la insistencia de sus amigos en que la practicara, así que poco a poco lo dejó, y con los desplazamientos a otras ciudades sus nuevas relaciones desconocían esta faceta y dejó de practicarla; pero ahora se sentía complacido al comprobar, tras tantos años del olvido, que el ritmo y la musicalidad seguían intactos, aunque el tono de voz era más grave y apagado, acorde con su edad.

Coincidieron con Irene dos veces más, incluso una tercera se presentó de improviso justo el día en que a la chica le tocaba limpieza. También recibieron sus llamadas cada primero de mes para interesarse por su estado, y unas veces la chica y otras él mismo, cuando ella no estaba, cogían el móvil y le contestaban, sin que Irene se apercibiera de la diferencia en los tonos.

Así que volvía a estar solo, que era lo que de verdad le apetecía. Pero haber vuelto a practicar la imitación de voces le llevó un día a plantearse si se vería capaz de reproducir la voz de su amada esposa. Y un sudor frío le tomó, dejando de inmediato de pensar en ello para calmarse. Pero un día en el baño 'oyó' la voz de su esposa pidiéndole que al secarse no salpicara el espejo, él le contestó que se había traído la fregona y que dejaría el baño como los chorros de oro y, ahora sí, la voz de su esposa le dijo que lo ponía en duda, al tiempo que le apuraba para que no se demorase, que las tostadas ya estaban frías. Y ya solo fue cuestión de tiempo que volviese a hablar con ella, a veces ligeros monosílabos si la sopa estaba demasiado caliente, otras su felicitación por lo bien que le había salido el asado, y las más ante el televisor, comentando algún incidente de la película o entrando en encendido debate si el programa era una entrevista política y ambos sostenían puntos de vista opuestos.

Naturalmente, no oía voces, pero hubo de refrenarse cuando su vecina de rellano le comentó mientras esperaban el ascensor cómo se parecía la voz que había escuchado en su piso a la de su difunta esposa, sin pretender entristecerlo con este recuerdo; y que

se alegraba de que volviera a rehacer su vida. Una mañana la chica se llevó un susto de muerte cuando los oyó discutiendo en el dormitorio sobre el jersey que debía ponerse y, cuando él salió, enfadado, a preparar el desayuno, la chica pidió permiso, empujó la puerta del dormitorio pero no vio a nadie dentro; “ah, están en la cocina –se dijo– pero ¿por dónde salió? aunque la señora lleva razón, ese jersey con esos pantalones no pegan nada”. Al entrar a la cocina siguió escuchándolos discutir acaloradamente, pero allí solo había una persona, su patrono. A punto de salir despavorida, el anciano reparó en su presencia pero no la calmó ni le explicó nada, simplemente siguió conversando con su esposa, a cuya voz fue añadiendo la de Mary e Irene. Y entonces la chica entendió, aunque la taquicardia que sentía la obligó a sentarse. Pasado el susto, Mary le prometió escribirle una lista con las expresiones de uso en su país, para que la verosimilitud fuera completa.

Una gripe le obligó a su patrono a estar quince días recluso en casa. Irene les llamó, pero él no se sentía con fuerzas para imitar las voces y le dijo que la chica se había dejado el móvil y que por eso contestaba él. Irene se enfadó y le dijo que Mary la llamara en cuanto volviera, pero no fue necesario esperar: a los pocos minutos la chica entró en casa para ver cómo se encontraba, aunque no era su día de limpieza; llamó a Irene, recibió su bronca, cogió el móvil y se lo llevó con ella, prometiéndole que entre casa y casa vendría a visitarlo.

A pesar de las protestas del anciano, esa noche Mary se quedó a dormir en el piso. También los días siguientes, hasta que comenzó a valerse por sí solo. Mary tenía marido y dos hijos, pero no hubo oposición por su parte a que se quedara, solo algún disgustillo con alguna de sus clientas cuando les explicó el caso: porfiando, Mary consiguió adaptar el horario a los huecos en los que su hija mayor podía venirse a casa y acompañarlo, momentos que la chica aprovechaba para hacer la tarea escolar.

Una noche, mientras miraban el televisor, Mary le preguntó qué opinaría su esposa sobre lo que estaban viendo. El anciano entendió y con la voz algo enronquecida fue diciendo la opinión de su esposa y la suya propia, a la que se sumó al poco Mary para asentir o discrepar de algún comentario. Para el anciano fue un alivio volver a dialogar

con su esposa, y para Mary un consuelo poder hablar con una mujer tan comprensiva de sus cosas, acostumbrada como estaba a llegar deslomada a casa y encontrarse con malas caras porque la cena no estaba hecha o los hermanos se habían discutido.

Pero todo se acaba, y al cabo de pocos días el abuelo mejoró y Mary se volvió a su hogar, junto a los suyos. Aunque no por mucho tiempo: un día Irene apareció sin avisar y le dijo al abuelo que avivara, que había citado a Mary en Sésamo y ella no gozaba de mucho tiempo para la comida, en cuyo transcurso ambas le plantearon su proyecto: Mary seguiría haciendo los dos pisos de su finca y tres de las casas vecinas, a lo que había que añadir la contratación (“no excesiva, y si le parece mal, nada”, se apresuró a decir Mary, pero Irene la cortó: “tú, calla”) como chica estable en el domicilio, con la obligación de pasar las noches en la vivienda; el marido estaba de acuerdo y solo dormiría con él el fin de semana, días en que los servicios sociales le enviarían un estudiante en cumplimiento de la Ley de Dependencia, artículos tal y cual, a ser posible la misma hija de Mary (“la Ley de Dependencia –se sonrió el anciano– cuán largo me lo fiáis”). El anciano prometió pensárselo, aunque sobre la marcha cambió de idea y dijo que aceptaba la oferta pero con alguna variante, como que la hija mayor viniera con sus hermano los fines de semana y que uno de los dos se quedara en casa mientras el otro hacía un botellón moderado por la zona, ah, y que los jovenzuelos gozarían de una asignación pagada por él, así no refunfuñarían y se esmerarían en cumplir para conservar esta paga, porque si había que esperar a la ayuda oficial... Y hasta Irene se rió.

De modo que los dos hijos de Mary comenzaron a alternarse en las noches de fin de semana. Pero un día la hija volvió espantada a su domicilio. “El señor habla solo –le dijo a su madre– pero no solo, solo, sino con otra persona, pero nunca la veo”. “Ah, sí doña Remedios –la tranquilizó su madre– fue su esposa”. “Pero ¿dónde está; la tiene encerrada?” “Nooo, doña Remedios murió hace un año”. “Mami, me da miedo”. “No te preocupes, y dile a tu hermano que esta noche me quedaré un ratito con vosotros para que lo entendáis todo; pero no le digas nada hasta que aparezca el espíritu”. “La niña se santiguó pero pareció tranquilizarse cuando su madre le aseguró qué buena broma le iban a dar al chico.

Esa noche el chico pareció confuso ante la presencia en la vivienda de su madre y hermana, pero no demasiado, simplemente pensó que el abuelo las necesitaba para alguna tarea doméstica. El anciano marchó a la cocina a preparar unas cocacolas y unos sándwiches y de pronto oyeron la voz de doña Remedios, preguntando si todo iba bien; con toda naturalidad, Mary le contestó desde el comedor que estupendamente. “¿Y le habéis quitado el reborde al pan de molla? Porque a este marido mío siempre se le olvida”. Mary le contestó que ya estaba bien así y que entraría en la cocina a preparar unos frankfurts, pues a los niños les gustaban más que los sándwiches de jamón y queso. “No, mamá, por nosotras no te preocupes”, se oyó la voz de la niña desde un lugar impreciso, “pero a mi hermano úntale el pan con mostaza y tráele el ketchup, ya sabes que le gusta cargado”. Los dos hermanos se miraron, asustados, y llegaron al terror cuando su madre, a la que veían en la sala, les preguntó desde el ventanuco de la cocina si preferían un quinto de cerveza mejor que la cocacola, que esta noche se lo permitía, y fueron sus propias voces las que les llegaron desde un lugar impreciso, fuera del salón, asintiendo a la proposición materna. “Pero solo uno, ¿eh?” –se asomó al hueco el anciano– no vaya a ser que tenga yo que acostaros”. Desde el fondo se escucharon sus risas, confundidas con las propias en el salón, y el anciano, otra vez ante la tostadora, le dijo a Mary que se le había quemado una de las tostadas de su esposa, a lo que doña Remedios le contestó que no había problemas y que no hiciera otra nueva, que a él siempre le habían gustado más hechas y que ella y Mary se comerían las que estuviesen en su punto, ante lo que los mismos chicos se rieron, aunque seguían asustados.

“Bueno” –salió con la bandeja de los frankfurts el señor, algo titubeante en su andar con el peso pero sin que se le cayera, y Mary con el resto–. “El frankfurt con mostaza y ketchup es para mi hermano” le dijo la chica; “y el de frankfurt solo, para ella”, le completó el chico mientras el anciano bajaba la bandeja hasta la mesita auxiliar y doña Remedios le pedía a Mary que avivase en dejar la suya y ayudase al señor antes de que cometiera un estropicio.

“No se preocupe, señora, ya está todo colocado”. “¡Qué niños más guapos tienes! ¿Y cómo están ahora?”. Pues cómo van a estar? Nerviosos y muertos de risa, ya se les

pasó el terror, pero el culillo les continúa”. Porque ahora mismo el anciano había desplegado ante ellos todo el arsenal de voces, y tras el estupor ante lo que veían y no podían creer comenzaron a molestarse mutuamente, muertos de excitación, diciendo cada uno que él ya lo sabía pero que el otro no, y de pronto la voz de su padre los llamó al orden y los dos callaron, pero ya habían entendido la broma y le pidieron que les repitiera sus voces y las de sus padres, hasta que Mary les pidió templanza y que dejaran descansar al señor. Ah, y que no comentaran nada con los amigos, que se estaban jugando la paga semanal si la noticia volaba y llegaba a oídos de Irene.

“Cuidado con la mostaza”, intentó avisarle el anciano, pero su aviso no pudo evitar que un flamante lamparón adornase la camisa del chico. *Guerra avisada no mata soldado*, le riñó su madre, *y si lo mata es por descuidado* –completó el refrán doña Remedios, a la vez que su marido le pedía que dejase en paz al chico, pues se le veía apurado, preguntándole de paso en dónde había puesto el quitamanchas, porque el chaval tenía que triunfar esta noche—. Los dos jovencitos se rieron, pero cuando a requerimiento del anciano el chico comenzó a pavonearse de sus conquistas, la madre le comentó al señor que *más era la bulla que la cabulla*, y ante su gesto de ignorancia la hermana le aclaró que *mucho chicle pero poca bomba*; “como mi marido de joven –completó doña Remedios–, no sigáis sus consejos que no sirven de nada”.

Mary tomó la camisa y con enérgicos friegues consiguió disimular la mancha, mientras cabeceaba su enojo contra su hijo: *el que nace marutón, ni que lo fajen chiquito*: “Señor, allá decimos maruto al ombligo, por eso mi mamá le está riñendo de que no aprenda nunca”, le explicó la hija; el muchacho volvió a incomodarse con su hermana, hasta que doña Remedios le recordó a su marido que les diese la paga y que se marchasen los dos juntos, pues hoy tenían a Mary para charlar un rato los tres.

Noticia que le llegó a Irene más pronto que tarde, cuando en su excitación los jóvenes se acercaron con dos amigos para que el señor les imitara sus voces, al anciano le pudo la vanidad y no solo clavó las de ellos cuatro sino también la de su madre refunfuñando contra sus hijos porque no habían ordenado la habitación; pero uno de los chicos lo comentó en un grupo donde estaba un sobrino de Irene, y ya solo fue cuestión



de días que la noticia le llegara. Intrigada y no del todo convencida, Irene esperó a que Mary le acercara los papeles mensuales de la solicitud y en su propia presencia llamó al teléfono fijo: cuando el anciano contestó le pidió tranquilamente que le pasara a Mary y, tras una espera, Mary cogió el auricular y escuchó las órdenes de Irene, que no eran otras sino que acompañase al señor antes de media hora a los servicios sociales para una firma ineludible en la tramitación; así lo prometió el anciano, a disgusto con tener que vestirse para bajar a la calle, pero en cuanto el taxi le dejó en el Centro social y vio a Mary esperándole en la puerta entendió lo que pasaba, aunque prefirió el mutismo, a la espera de los acontecimientos.

Irene los hizo esperar un buen rato en su despacho. Molesto por esta descortesía y porque se sentía aburrido, comenzó a hojear la pila de expedientes acumulados sobre la mesa hasta encontrar el suyo; vio que en él figuraba el nombre de la chica como beneficiaria de la cantidad que la Administración pagaba como ayuda a la dependencia, pero también que en el lugar que ocupaba y al ritmo de la misma, cuando la ayuda se hiciera efectiva ya estaría Mary de vuelta en Venezuela y él criando malvas.

Sonó el teléfono y, tras un titubeo, el anciano le dio al botón y escuchó la voz de la secretaria del Director de Ayudas Sociales, que chismorreó un buen rato con ella sobre una cafetería nueva a la que se disponía a bajar con alguien de Recursos Humanos (y aquí las risitas se hicieron más que evidente: “lo que todas sabíamos”, le comentó Irene, y más risas) antes de ponerla con el Gran Jefe. El Director le preguntó sobre la marcha de los expedientes e Irene le contestó que este mes la cantidad se había desbordado, a la vez que le preguntaba cuántos le pasaba a la firma. El Director dijo una cifra mínima, el anciano colocó su carpeta en tercer lugar, copió la firma de Irene imitándola de los otros expedientes preparados para la aprobación, rastreó en el cajón hasta encontrar el sello adecuado y volvió a sentarse en su asiento frente al sillón de mando, justo en el momento en que Irene, con un rictus de enojo, entraba en el despacho y les preguntaba por toda esa pantomima que habían urdido, a la vez que tachaba a Mary de inconsciente. Ah, y que de ningún modo aceptaba bajar a Sésamo con ellos, pero es que además no podía, tenía que llevarle unos expedientes al Director General.

“No hay nadie en su despacho, todos se han ido a comer –le dijo el vejete–. Una tal Gabriela se ha asomado preguntando por ti para pedirte que le lleves quince expedientes a su mesa con toda urgencia, que el Director necesita firmarlos hoy mismo para que entren en la Junta de Aprobación de este mes; ah, y que no podía esperarte, ella se iba a comer también con alguien de Recursos Humanos, no recuerdo el nombre; te lo digo porque a lo mejor quiere que te juntes con ellos”. Irene se rió y les dijo que seguramente era lo último que les apetecía, pero que ya comenzaba a sentir hambre y aceptaba la propuesta de Sésamo, porque ellos tres sí que tenían que hablar largo y tendido.

Dos meses más tarde el anciano recibió la aprobación de su expediente y un sobre para la chica donde se le pedía que completara unos datos, entre ellos el permiso de residencia y un número de cuenta en el que realizarle mensualmente los ingresos de su trabajo. Pero antes habían hablado 'largo y tendido' con Irene, que, tras amenazarlo con obligarle a devolver el dinero recibido y retirarle la ayuda (“¿qué ayuda? ¿qué dinero? –se rió el carcamal– como mucho toda la saliva gastada en palabritas y promesas”) acabó por reconocerle que ello era así, pero que se sentía muy defraudada y estafada por todo el esfuerzo en vano que había realizado para ayudarle, y los ojos se le nublaron. El anciano le acarició el dorso de la mano, que ella apartó sin violencia, y entonces Gabriela le dijo que lo ponía con el Gran Jefe, y el Director General la felicitó por el valor humano de su gestión, muy por encima de lo que cabía esperar de su obligación como funcionaria. Cuando el Gran Jefe colgó, Mary y doña Remedios aprovecharon para darle las gracias a Irene por sus atenciones, al igual que los hijos y el marido de Mary, mientras que la Irene real se frotaba los ojos y le pedía que se lo explicara de una vez, antes de que enloqueciera. Pero que no volviera a cogerle la mano, que seguía enfadada.

Con la primera paga recibida Mary le compró un regalito a Irene, que ella rechazó cortésmente para evitar que la acusaran de cohecho y soborno a funcionario público, así se lo explicó el anciano a Mary cuando ella se quedó confusa y un tanto escrachada por el rechazo, pero también le recordó a Irene que nada le impedía quedarse a comer en casa con su esposa y Mary en uno de los días de visita oficial, pues doña Remedios hacía un

*ragoût* de ternera que no se lo saltaba ningún chef francés; así que cada primer y tercer miércoles de mes Irene acudía con una botella de cava a interesarse por su estado y a comer con ellos, hasta que doña Remedios le indicó que para este tipo de carnes le iba mejor un tinto, y que para un *foie* nada mejor que un Sauternes no excesivamente dulce, y que si quería quedar superior con ese noviete del que hablaba cuantas veces venía a casa, que maridase un Moët con...

De modo que Irene acudía dos veces al mes a escuchar los consejos culinarios de doña Remedios y a disfrutar de sus exquisiteces gastronómicas, pero, a pesar de la insistencia del matrimonio para que invitase a comer al dueño de su corazón, Irene prefirió esperar un tiempo más, hasta que la relación estuviera totalmente afirmada. Pero cuando el idilio se extinguió sin llegar a buen término, el anciano le sugirió que viniese no tan solo a comer sino también alguna que otra tarde a hacerle compañía a doña Remedios y a dejarse aconsejar por ella en ese mal de amores que la estaba perturbando, así se lo había dicho su esposa en la comida, y que mientras ellas dos hablaban de sus cosas él aprovecharía para dar una cabezada. Irene accedió y se acercaba por el domicilio un par de tardes a la semana, al igual que la chica, que en cuanto acababa las faenas se presentaba en casa a platicar con ambas y a consultarle a doña Remedios sus problemas con los hijos.

Una tarde, doña Remedios descolgó el teléfono y llamó a la sobrina de su marido. Riéndose como siempre que le oía hacer voces, la sobrina le contestó a su tío que ya estaba bien de jueguecitos con las personas muertas y que esta vez no la iba a espantar como de pequeña, pero a la vez se puso seria y le prometió que si tanto sentía la ausencia de Remedios en el siguiente puente se acercaría a visitarlo. Irene tomó el auricular y le dio las gracias, a la par que le expresaba su deseo de conocerla más allá de las conversaciones telefónicas mantenidas, e igual hizo Mary; la sobrina volvió a reírse y le dijo a su tío que ya no volvería a engañarla, pero cuando la conversación se convirtió en una polifonía a ocho voces, las dos Marys las dos Irene las dos sobrinas más doña Remedios y su propio tío, la sobrina estalló en carcajadas y se comprometió en visitarlo al

sábado siguiente, pues en ningún otro lugar iba a pasárselo mejor. Y que invitase a las loquitas reales a comer con ellos. Después le envió un beso a su tío y colgó.

Fue una alegría volver a reencontrarse físicamente tras algunos años de ausencia, pero también una melancólica constatación del tiempo que nos lleva. Durante el café, mientras el anciano cerraba los ojos y permanecía semiatento al acontecer de la tertulia, a doña Remedios se le quebró la voz porque veía la decadencia de su marido, el hombre al que había amado y amaría hasta el final de la memoria, y él a ella, lo tenía bien seguro porque no se abandonaba y resistía para que ella siguiese viviendo, al menos en su recuerdo; y aunque deseaba que viniera pronto a su lado, también era consciente de que, muerto él, ambos se apagarían. La sobrina e Irene fingieron beber un sorbo del café para no soltar las palabras necias que se suelen decir en estos casos, pero desde la cocina les llegó la voz de trueno del abuelo diciendo que no se iba a morir tan pronto, y doña Remedios confirmándole que no, por supuesto, que antes se morirían de un susto los transeúntes al ver el conjunto tan hortera que había combinado para vestirse, es que da susto al miedo, le insistió; también desde la cocina, la voz de doña Remedios le fue contando a su sobrina la manera tan 'policromática' de vestirse que había adoptado su marido desde que ella murió, no sabía bien si porque le había entrado un repentino ataque de daltonismo o, simplemente, a la vejez se había vuelto un viejo verde y solo pensaba en seducir a las jovencitas.

“Pues a mí me sedujo a la primera”, se rió la Irene de la cocina, y doña Remedios le comentó a la Irene del salón que no le extrañaba porque su marido había sido siempre un galán y ella muy enamoradiza, pero que no se levantase ni hiciese nada y dejase que Mary sacara la bandeja con la nueva tanda de café, bizcochos e infusiones, porque pesaba mucho y ella tenía más práctica: cuando Mary apareció en la sala recibió una ovación por su habilidad imitativa, que doña Remedios cortó por lo sano desde su butacón en el salón para decirles que se dejasen de pamemas y ayudasen a la criatura a desembarazarse de todo ese peso. Ya aliviada, Mary tomó la palabra y le preguntó a Mary qué pretendía conseguir supliendo voces, pero Irene se le adelantó y le contó a Irene, con gran sorpresa de todos, que ella sí lo entendía, que era una manera de que

doña Remedios siguiese con ellos bastantes años más; el anciano les quitó la palabra y le dijo al anciano que ya no contaban con él, y entonces todos a una, menos la sobrina, que no se sumó al juego de voces bien por su escasa habilidad o porque estaba sumida en un mar de lágrimas, comenzaron a discutir sobre los pros y contras de esta decisión que acababan de adoptar, y cuando quedó bien claro que, mientras ellas vivieran, el anciano y doña Remedios tendrían un lugar perenne en sus corazones justo, justo de su tamaño y que no se limitarían a tenerlos presentes en su memoria sino que los sacarían a pasear y a hablar con ellas cada vez que los recordaran, doña Remedios se encaró con Irene y en tono festivo la felicitó por que se quitase tres años para parecer más joven, así ellos tendrían un tiempo más de existencia en esta vida. Irene se ruborizó y todos comenzaron a reírse.

El anciano parecía dormitar. Con gran cuidado, Irene pinzó con dos dedos el papelito que asomaba por uno de los bolsillos de su chaqueta; lo leyó en silencio y después, con lágrimas en los ojos, se lo pasó a Mary y a la sobrina.

*¿Qué olvidaré antes, tu risa o tu mirada o el timbre de tu voz o tu olor; por dónde comenzaré a perderte, si ya te vas quedando en una pura entelequia de la que a veces pierdo el rostro, en otras hasta me cuesta pronunciar tu nombre, súbitamente desmemoriado, pero conservo sin dudarlo tu voz, tu risa, tu mirada, tu tacto...?*

Meses más tarde, el anciano habló con su sobrina, aconsejado legalmente por Irene, y poquito a poco fueron sacando en pequeñas cantidades el dinero que el anciano guardaba en el banco, a lo que la sobrina estaba autorizada, no un gran montante, en verdad, y cuando dos años más tarde el anciano murió le entregaron ese dinero "de parte del señor" a su cuidadora. Mary se negó a recibirlo, pero pacientemente le explicaron que, de haber seguido esa cantidad en el banco, a su muerte gran parte de la suma habría ido a parar a Hacienda. Y eso sí que no.

*mas con la lengua muerta y fría en la boca  
pienso mover la voz a ti debida (...)  
celebrándote irá, y aquel sonido  
hará parar las aguas del olvido.*

(Garcilaso, Égloga III;

Cervantes, Don Quijote, II parte, cap. LXIX;

Pedro Salinas, 'La voz a ti debida')